

Pero volvamos la vista: hemos seguido la órbita que recorre la caridad por el lado más triste, más desconsolador; hemos pintado un cuadro de negros matices, muy en contraposición con los sentimientos filantrópicos y de verdadera caridad cristiana: si por ventura existen algunos hombres que obren así, en cambio la mayor parte piensan de opuesta manera. Ved al virtuoso y noble sacerdote que, rodeado de pobres, reparte entre ellos á manos llenas lo que la caridad de sus fieles le confió; ved á ese otro acaudalado señor, que también arrastra coche, socorrer todas las necesidades que halla en su camino, sin humillar, sin escarnecer y sin hacer alarde de fatuidades mundanas; y ved, por último, á esa multitud de establecimientos benéficos, que al socorrer la indigencia no dejan duda alguna de la filantropía, galardón el más preciado que exorna á la generalidad de los mortales. Tres nombres resuenan en nuestros oídos con plañidero eco, que nos demuestran que la verdadera caridad existe: ¡Consuegra, Almería, Valencia!... Allí están nuestros hermanos; allí moran los que han sobrevivido á la espantosa catástrofe que sólo ha sembrado luto, desolación y ruinas por doquier; allí se albergan, en inmundos barracones construidos con los restos que la inundación respetó, millares de infelices faltos de abrigo, extenuados por la necesidad, sufriendo moral y materialmente, ora las necesidades del cuerpo ó el dolor que sembró en sus almas la pérdida de un ser querido, esperando que Dios se apiade de su inmenso infortunio ó que la mano de los hombres les tienda el anhelado socorro.

Pero la caridad es grande, la caridad es noble, la caridad tiene su más genuina representación en el pueblo español, y por lo tanto este pueblo caritativo, noble y generoso, no puede ni por un instante dejar de acudir presuroso á socorrer tan nefastas desgracias.

Consuegra lo solicita, los pueblos de Almería y Valencia unen sus clamores al primero, y nosotros, el resto de los españoles, unidos como un solo hombre, debemos volar al socorro de nuestros desgraciados hermanos.

ALVAREZ-BENAVIDES.

Los periodistas

Que società se jure par ses œuvres.
Mario Uchard.

Estoy cansado de oír hablar mal de los periodistas. Y he notado, con asombro, que aquellos que más agradecidos debían estar á la prensa periódica, son los que más la denigran y difaman.

Se habla, con verdadero encono, de algunos desventurados, malos como hombres, y malos como escritores, y en ellos únicamente se quiere encontrar la representación del periodismo.

¡Pobres periodistas!

son los jueces que siempre se encuentran á mano para toda clase de litigios, según ha dicho un escritor famoso; ellos son los caballeros andantes á quienes todo huérfano ó anciano, toda doncella ó viuda hallan siempre lanza en ristre para desfacar cualquier entuerto; ellos forman el batallón sagrado del progreso, que siempre lucha y nunca se rinde; ellos ayudan á volar en el cielo de la fama á los grandes genios, de alas de águila, permitiendo también algunas veces, por misericordia, que se eleven las medianías, de alas de vencejo; ellos coadyuvan, poderosa y constantemente, á la prosperidad de las empresas útiles, que son más tarde veneros de riqueza de los pueblos; ellos van derramando el bien con mano pródiga, y después de labrar la fortuna y la felicidad de muchos, mueren olvidados de todos.

¡Pobres periodistas! En las grandes desdichas, en las espantosas catástrofes, obra terrible de la Naturaleza, que se olvida con harta frecuencia de su papel de madre generosa, los periodistas abandonan sus hogares, corren al lugar de desolación y de peligro, marchan enterrados en lodo y entre ruinas que se desploman, respirando miasmas deletéreos, dejándose rodear de todas las tristezas y de todas las amarguras, y lanzan conmovidos el grito sublime de ¡Caridad!, que despierta los sentimientos de amor y compasión en todos los corazones.

En esos días de luto, las columnas del periódico se convierten en páginas sagradas de ardientes entusiasmos, de sublimes ternuras; y en ellas el prócer y el mendigo, el niño y el viejo rivalizan en piedad acendrada.

En esos días tristísimos, y en el crisol de la Caridad, el periódico, aunque haya sido, alguna vez, manchado por el odio ó la envidia, se purifica y redime.

La obra resulta útil.

En la caja del periódico llueve el dinero para el desdichado. Parecía que la buena obra estaba terminada.

Pero el periodista cree que debe de hacer algo más que dar de vestir al desnudo, de comer al hambriento; juzga y siente que es preciso dar amor y hogar y educación y esperanzas al desvalido huérfano.

Entonces el niño Dolores Serrano encuentra una familia generosa y tierna en la Redacción de *El Imparcial*.

Y, como dijo Mario Uchard: una sociedad se conoce por sus obras.

MANUEL CANO Y CUETO.

¡Consuegra!

No se sabe cómo ha sido;
Á explicarlo nadie acierta...
Un río que se desborda
Y entre sus aguas se lleva
Muchas casas, muchos seres,
Dejando sólo miserias....

Estaba el pueblo tranquilo,
Que ya es linda cosa, y nueva,
Porque en España no hay pueblo
Que aunque tranquilo parezca
En sus entrañas no roa
La política contienda.
El cacique con sus fueros,
El Juzgado con sus letras,
Con su poder el Alcalde
Y con sus cuotas la Hacienda,
Los pueblos son los rebaños
En donde siempre penetran
Esos lobos de levita
Que las ciudades desechan.
Obscura la noche estaba;
Del espacio las estrellas,
Ó se velaron llorosas
Presintiendo ya la horrenda
Catástrofe que venía
De lo alto de la sierra,
Ó las apagó con furia
El ángel de las tormentas,
Ese Lucifer que envidia
Los amores de la tierra.
El río se deslizaba
Como la astuta culebra,
Que aunque silba cuando huye,
Desde su escondrijo acecha
El cuerpo en que ha de enroscarse
Para matar con vileza.
La campana del silencio,
Del descanso compañera,
Resonando en los espacios
Dejó escuchar su voz hueca,
Y á velar se fué la madre
Cabe la cuna risueña
Donde el amor hizo nido
Para disipar las penas.
¡Duermes el hombre?... No se sabe;
¿Quién dice que el hombre duerma
Cuando un hijo está en la cuna
Y una madre lo contempla?...
Por eso las tempestades
Nos agobian con fiereza:
¡Las tempestades son celos
De los cielos con la tierra!...
Rugió el trueno en lontananza,
Se abrieron las nubes densas;
Agua y fuego, todo junto,
Para mayor extrañeza,
Sobre el pueblo desdichado
Se lanzan á la pelea...
Porfiada fué la lucha,
Que hay cadáveres que enseñan
Que saben perder sus vidas,
Pero no soltar su presa;
Porque una madre y un hijo
Se ligan con tanta fuerza,
Que ni el agua de los mares,
Ni el fuego de cien hogueras
Harán que aquellos dos cuerpos
Logren romper la cadena
Del cariño que los une,
Del amor que los alienta...
Tras de la noche de espanto
Vino la aurora serena,
Si alegre y con luz rosada,
Llorando sobre la tierra,
Porque dejó un paraiso
Cuando fué á alumbrar las perlas
Que en el fondo de los mares
De noche su luz reflejan,
Y hora, ¡ay tristel, sólo mira
Un cementerio de penas...
No se sabe cómo ha sido;
Á explicarlo nadie acierta...
Un río que se desborda
Y entre sus aguas se lleva
Muchas casas, muchos seres,
Dejando sólo miserias....

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

La inundación

SONETOS
I
Consuegra

Pasa la negra nube: vuelve el río,
Después de su traición, al cauce usado;
Brilla en el firmamento despejado
Rojo sol, que recuerda el del estío.
¿Qué alumbra, temeroso?... ¡Hogar vacío,
Yerma campiña, pueblo derribado,
La muerte, que sus iras ha saciado,
Y hambre, y dolor, y desnudez y frío!
¡Oh, nunca el hombre la mortal grandeza
Ha igualado, en sus luchas ó pasiones,
Del mal con que le hirió naturaleza!
Mas lo puede vencer, con justos dones
De bienes á la mísera pobreza
Y de amor á los tristes corazones.

II
Los franciscanos.

Todo reposa en el convento: vela
Doliente el Cristo en el altar lejano,
Y huye las luchas del vivir mundano
El religioso que salvarse anhela.
Con la duda, tal vez, se desconsuela...
Oyese el grito del dolor humano:
Bajo el tosco sayal del franciscano
El corazón del hombre se revela.
La caridad le infunde su ardimiento,
Y el religioso cava sepulturas,
Llora y parte su pan con el hambriento;
Alivia las humanas desventuras,
Y le bendice Dios, desde su asiento,
Viéndose tan amado en sus criaturas!

III
Las heroínas
(ALMERÍA)

Contando quince y diez y seis abriles,
Casi niñas, con ánimo valiente,
Se arrojan á las aguas del torrente
Cual nereidas piadosas y gentiles.

Dando ejemplo á los pechos varoniles,
Salvan las dos á la afligida gente
Que arrolla, con estruendo, la corriente
Entre peñascos y despojos viles.
¡Corona España agradecida os mande,
Y para eternizar el beneficio
El bronce heroico su dureza ablande;
Pues disteis de ser ángeles indicio
Practicando, entre horrores, la más grande
Virtud de la mujer, el sacrificio!

IV
El rayo compasivo
(FUENTE DEL FRESNO)

La tormenta desata sus furiosos:
Campos y pueblos el torrente inunda...
¡Trágica noche!... ¡Obscuridad profunda!...
«¡Luz!» exclaman los tristes moradores.
Respondiendo, quizás, á sus clamores,
Lanza el rayo la nube tremebunda,
Arde un molino... el fuego lo circunda...
¡Bien hay en sus siniestros resplandores!
Ve el peligro, alumbrado de esta suerte,
La multitud que por vivir se alana;
Enjutas sendas á su luz advierte.
Y ásperas cumbres de los montes gana...
¡Que hasta el rayo, ministro de la muerte,
Tuvo piedad de la aflicción humana!

JOSÉ DE VELILLA.

La imprevisión

Las grandes calamidades que han afligido á nuestro País son, contadas muy raras excepciones, los resultados de nuestra propia obra.

Buscad en la imprevisión de unos y en la maldad de otros el germen de nuestras desdichas, y dad por seguro que allí encontraréis el origen de las causas destructoras.

Todos cooperamos en la labor de nuestras desgracias, unos con lo que hacen, otros con lo que dejan de hacer; y tan ordenadamente se sucede el desorden, que parecemos atacados de tirana neurosis, enfermos incurables, buscando la ruina, la adversidad y la desgracia, como empujados atropelladamente por enemiga fatalidad.

Cuando nuestra imprevisión ó el fatalismo que dejó en nuestra sangre la dominación árabe nos lleva al límite de un quebranto, una disculpa unánime embarga nuestro pensamiento y asoma á nuestros labios. Hablamos mal del Gobierno.

¡No aprenderemos nunca!

La mano que borró del mapa de España el 11 de Septiembre la fundación del capitán griego Casaburano, la ciudad que custodió por encargo de los reyes godos el padre de la Cava, ha sido la misma mano destructora de la imprevisión, que elevó en Valencia las aguas del Júcar y el Turia, las del Segura en Murcia, las del Guadalquivir en Sevilla, las del Tajo en Toledo, las del Ebro en Tortosa, y las del Amarguillo en Consuegra.

¡Historia triste y de profundas enseñanzas la de nuestras inundaciones! ¡Y qué enseñanzas tan mal aprovechadas!

Pasado el torrente asolador, enterrados los muertos y auxiliados los vivos con el inagotable sentimiento de caridad de esta noble Nación, déjense correr los tiempos bonancibles, y en previsión de las nuevas catástrofes con que nos amenaza el porvenir, nada se hace; olvídate, con el ajuar nuevo que entregó la caridad, nuestro especial sistema hidrográfico, que permite correr las aguas por estrechos y poco profundos cauces; olvídense las condiciones topográficas de nuestro País, y nuestra orografía, que irregulariza las lluvias, y nuestra situación geográfica, que nos pone al paso de las invasiones ciclónicas. Lo accidentado de nuestro suelo, que sirve para dar mayor velocidad á las corrientes; la falta de arbolado, y mil causas geográficas y meteorológicas, grandes y pequeñas, remediadas muchas, aun cuando no todas, producen en nuestra España accidentes más frecuentes que en otras naciones; pero de ellos nos veríamos libres si, más prudentes, acudiéramos á prevenirlos con la ciencia, con el poder de nuestros Gobiernos y con el inagotable tesoro de dádivas que arroja en nuestras manos la Caridad.

Descomponed el ronco bramido del trueno, ha dicho un poeta, y con sus ecos arrullaréis mansamente el sueño de un niño. Pues bien; descomponed los aluviones en diminutas corrientes, y no tendremos que lamentar la desolación y la ruina que producen los rambazos.

Fiemos más en nuestro propio esfuerzo que en el ajeno impulso; com-

batamos sin descanso la fatalista imprevisión que enerva nuestro espíritu, como la más cruel de todas las calamidades, y no esperemos nuestro bienestar de la reparadora munificencia de nuestros hermanos.

Si todas las cantidades invertidas en socorrer calamidades como las que hoy nos afligen las tuviéramos juntas con las que, dedicadas á igual fin por la caridad oficial y particular, se han evaporado, tendríamos suficiente para modificar algunos de esos ríos destructores, que constantemente nos amenazan, sin que nuestro natural indolente y fatalista nos permita conocer el peligro hasta que en él perecemos.

Cierto es que sin la inmensidad de las desgracias que periódicamente afligen á nuestro pueblo permanecería ignorada su grandeza de sentimientos; y como no hay mal que por bien no venga, los grandes horrores que produce la Naturaleza tienen su lenitivo en la majestuosa explosión del sentimiento de caridad que anima á nuestro glorioso pueblo, tan grande en la desgracia como indolente en la fortuna, y del que no sé qué es de adelfia la adversidad, ó el amor y perseverante solicitud con que remedia las desventuras de sus hermanos.

JUAN PÉREZ GIRONÉS.

Festín de Caridad....

Así puede titularse la fiesta ó convite que el viernes en la noche dió en el Hotel de París su dueño el acreditado fondista Sr. D. Julio Meazza.

Por tratarse de un hecho verdaderamente original y plausible, no queremos cerrar este número sin hablar de él, concediéndole toda la importancia real que tiene, viniendo á ser un acto tan significativo, que se destaca graciosamente entre todos los que la caridad española ha puesto en juego para recolectar una limosna para los inundados.

Ante todo conviene hacer una historia, si quiera sea someramente, de la persona que lo ha llevado á cabo.

El Sr. D. Julio Meazza es bastante conocido en Sevilla por su afable trato, su desprendimiento y simpatías. De nacionalidad italiana, puede considerarse, sin embargo, como español, pues lleva más de treinta años en nuestra Patria y es ferviente admirador de nuestras costumbres, á las que tiene un culto reveroso.

Ligado á nuestra Nación por los lazos del cariño y el agradecimiento, en ella ha encontrado siempre el justo premio á sus aptitudes; pero en particular, en donde verdaderamente se le quiere y estima es en Sevilla.

Queriendo el Sr. Meazza dar expansión á sus nobles sentimientos, y patentizar los lazos de cariño que le unen á nuestra Nación, la que juzga como propia, tomando parte en sus alegrías y en sus desventuras, en presencia de las recientes catástrofes ocurridas ideó un medio sencillo, pero original hasta lo sumo, para hacer que su donativo para los inundados produjera beneficios positivos.

Alefecto hizo un convite especial para sesenta personas, anunciando de antemano que el tipo por cubierto á su mesa era el de veinte reales, cuya cantidad, después de recogida, ingresaría en el fondo común á beneficio de los inundados. De presumir era que la cantidad señalada por el acreditado y filantrópico fondista fuese la mínima que se admitiría en la batea petitoria, que la máxima estaría á voluntad de los donantes.

Dicho y hecho: el festín de caridad resultó un festín regio, porque el Sr. Meazza se había propuesto demostrar toda su inteligencia en la culinaria para indicar á los comensales con delicadeza extrema que aquel banquete valía mucho más de la cantidad estipulada para su precio. El éxito coronó sus propósitos; la cantidad recogida ascendió á 789'50 pesetas.

Hay que añadir á esta suma la recolectada entre toda la dependencia del Hotel y la equivalente á un día de haber de cada huésped, importante 206'50 pesetas.

Para finalizar el acto, un rasgo generoso propio de los nobles hijos de este país aumentó con 48 pesetas más la cuantía.

Á los camareros, que se habían negado seriamente á recoger la propina que es costumbre dar en estos banquetes, se les hizo tomar poco menos que á la fuerza esta última cantidad, que, apenas recibida, fué volcada en la bandeja petitoria á despecho de todos los concurrentes, los cuales, en el colmo del mayor entusiasmo, aplaudieron tan noble acción.

La cantidad total recaudada, importante mil cuarenta y cuatro pesetas, pasaron á depositarla en manos del Sr. Gobernador los Sres. Meazza, Monti, Liaño, Ruiz Martínez y Montes Sierra.

EL BALUARTE, haciendo coro á todas las personas caritativas que del hecho se han ocupado, da el más cariñoso y entusiasta parabién al propietario del Hotel de París, D. Julio Meazza, dedicándole estos renglones desaliñados, pero llenos de buena fe, por su generoso desprendimiento á favor de los que sufren.

Siempre habíamos oído decir que el fondista tenía la piel de lobo; pero el dueño del Hotel de París nos ha venido á probar con su gran corazón, que también los hay con piel de cordero.

EL BALUARTE.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.